

LA REINA SIN SUEÑO de Alvaro ArauzPERSONAJES

DOÑA JUANA.
DOÑA ELVIRA, dama vieja.
FRAILE.
CAPITÁN.
DOS SOLDADOS.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

DECORADO

Se ve parte del claustro y un rincón del jardín de un convento de frailes. En una lateral hay una puerta que figura comunicar con la iglesia de este convento. Son las últimas horas de la noche.

DOÑA JUANA, vestida de negro, está recostada en una columna. Mira fijamente al cielo.

Silencio.

Entra, despacio, un FRAILE. Este observa unos instantes a la reina, después se acerca a ella.

FRAILE.

Señora, ¿qué hacéis en este lugar?

DOÑA JUANA.

Contemplo el cielo que es el único paisaje de Castilla.

FRAILE.

Entrad al convento y descansad, vuestro cuerpo necesita de algún reposo. (Ella le mira distraídamente, después vuelve a levantar los ojos hacia el cielo) Y también tiene que sosegarse el río de vuestras lágrimas. (Pausa) Pronto amanecerá.

DOÑA JUANA.

Ya la gallina de la noche pone el huevo de la luna y se marcha al corral del alba.

FRAILE.

Nuestro viaje ha sido agotador. Hemos hecho el recorrido sin detenernos ni un solo instante. Y era largo el camino!

DOÑA JUANA.

La peste nos pisaba los talones.

FRAILE.

Desde la Cartuja de Miraflores.

DOÑA JUANA.

Tiene su nido en Burgos.

FRAILE.

Estoy muy fatigado de tanto caminar... Y hasta los soldados que nos acompañan, tan acostumbrados a las grandes marchas, están extenuados, algunos se quejan de que tienen seca la boca.

DOÑA JUANA.

Es que recuerdan la maldita cerveza de Flandes. Allí todo era turbadora humedad. (Con rencor) Ah jabalíes de los mesones!, la cebada líquida al caer por sus labios les ponía colmillos de espuma... Comer y beber... Y hacer la digestión entre cuantos de sábanas revueltas. (Pausa. Continúa hablando en un estado de ausencia) Y la historia de los amores de don Felipe, qué bien disolvía en sus estómagos la grasa de los lechones y de los patos! (Con energía) Que ahora sufran privaciones! Castilla noses Flandes. ¿Aquí todos estamos de luto. En un entierro. Y yo soy una viuda. (Alza la voz) Cera y ceniza. (Con rencor) Para rezar no es necesario tener los labios frescos.

FRAILE.

(Acercándose. Suplicante) Vuestras palabras fatigan más aún ese cansado cuerpo. El silencio os habrá bien. Descansad, aunque tan sólo sea por unas horas.

DOÑA JUANA.

En esta vida únicamente se descansa sufriendo.

FRAILE.

Tal vez podáis dormir.

DOÑA JUANA.

¿Dormir? (Se ríe en forma extraña) ¿Para qué? Dormir es

un engaño, porque al despertar volvemos a encontrar la realidad que habíamos dejado... Abrimos los ojos, y todo está igual, intacta nuestra soledad. Dormidos vivimos una vida ajena. No somos nosotros. Es como si cediésemos el cuerpo a un extraño. Y éste, al habitarlo, aunque tan sólo sea por un breve tiempo, impone sus hábitos, sus deseos, sus instintos... Es cuando soñamos... Mas luego, al irse, al desadormecernos, no ha dejado nada... Por eso hallamos la misma angustia, esa hermana gemela de nuestra existencia. (Pausa) Despertar es como mirarse en un espejo. No hemos perdido ni una sola arruga de nuestra frente!

FRAILE.

El sueño es como la anticipación de la muerte.

DOÑA JUANA.

(Exaltándose) No. Del sueño se vuelve. Y de la muerte jamás se regresa. (Paseándose) Por lo cual están equivocados quienes creen que yo espero el retorno de don Felipe...

FRAILE.

Si no quereis dormir, al menos, dejad vuestro cuerpo en holganza... Y no estéis intranquilos durante ese tiempo, pues todas vuestras órdenes e instrucciones son cumplidas exactamente...

DOÑA JUANA.

(Cambiando el tono) ¿Cuántas puertas tiene la iglesia de este convento?

FRAILE.

Una sola.

DOÑA JUANA.

¿Tenéis la llave?

FRAILE.

La guarda el capitán de vuestra escolta.

DOÑA JUANA.

Decidle que venga.

El FRAILE se acerca al fondo y hace una señal. Entra el CAPITÁN, quien saluda militarmente a la reina.

CAPITÁN.

Alteza.

FRAILE.

Dadme la llave de la iglesia (El CAPITÁN se la entrega. El FRAILE hace ademán de dársela a DOÑA JUANA) Señora, aquí está...

DOÑA JUANA.

Cerrad por fuera y devolvédmela. Y que salgan los centinelas. Que quede el rey solo, sin gente. Las luces de los cirios son más bellas y más fieles que las lanzas. Unicamente sirven para hacer una sola guardia! (El FRAILE sale. Breve pausa. Dirigiéndose al CAPITÁN) Y vos, ¿estuvistéis alguna vez en Flandes?

CAPITÁN.

En Gante y en Bruselas.

DOÑA JUANA.

¿En Bruselas? (Pausa) ¿Acaso conocistéis a una dama de cabellos rojizos, que comía cartas de amor?

CAPITÁN.

Jamás la vi.

DOÑA JUANA.

¿Ni oísteis comentar el incidente?

CAPITÁN.

Nunca.

DOÑA JUANA.

Y en los mesones, de sobremesa, ¿no se habló alguna vez, en vuestra presencia, de que el diablo la marcó la cara con unas tijeras?

CAPITÁN.

Yo casi nunca salía de palacio.

DOÑA JUANA.

(Le mira fijamente) ¿Sois español?

CAPITÁN.

Nací en Gante.

DOÑA JUANA.

(Indignándose) Por eso callais... Todos los flamencos

habeis sido sus cómplices...

CAPITÁN.

¿De quién?

DOÑA JUANA.

Del rey don Felipe... (Con intención) El era un hombre y por eso había que ayudarle. Ocultar sus amores, tapándome los ojos con reverencias fingidas o poniéndome la venda del reflejo de las espadas... Era más vuestro que mío!... Y de ellas también!... Nada de aquellas tierras me pertenecía. Por esa razón arrancasteis de su cadáver el corazón para llevaroslo a Flandes!... Y me habeis dejado únicamente su cuerpo deshabitado. Cómo entonces!...

CAPITÁN.

Alteza.

DOÑA JUANA.

(En monólogo. Aislada. Sin dirigirse al CAPITÁN) Sí, tan sólo tuve su cuerpo durante nuestro matrimonio... Porque sus pensamientos, sus deseos, sus instintos, jamás me pertenecieron. (Pausa) Yo lo di todo. Como la savia al árbol. Por eso estaba ciega, dentro de las ramas de sus brazos y de sus piernas. Pero, ¿los frutos?, esas sabrosas esferas de azúcar, se encontraban fuera de mi alcance. (Con ira) Sólo eran para las otras. (Pausa, ahora se dirige al CAPITÁN) ¿Cuántas mujeres rubias había en el palacio?

CAPITÁN.

Ninguna vez me dieron la orden de contarlas.

Entra el FRAILE, lleva la llave a DOÑA JUANA.
Breve silencio.

DOÑA JUANA.

Capitán, podéis marcharos.

El CAPITÁN saluda militarmente y sale.

FRAILE.

Ya ha sido retirada la guardia y la iglesia cerrada.

DOÑA JUANA.

(Volviendo de sus pensamientos) Decidme, ¿saben las abadesas montar a caballo?

FRAILE.

(Extrañado) Señora, no comprendo esa pregunta.

DOÑA JUANA.

Estais tan advertido como yo de que una abadesa aprovechará la ocasión para acercarse al ataúd de don Felipe y mirarlo por última vez... (En voz baja) Es una antigua amante suya que nos sigue...

FRAILE.

(Sin atreverse a contradecirla) Nadie podrá quitaros esa llave.

DOÑA JUANA.

(Separándose. Se va a la lateral del jardín) Qué noche más tranquila! Parece un niño dormido. (Pausa) Y las estrellas, ¿hablarán entre sí? La luna es el gran salón donde los ángeles guardan sus alas. (Suspira) Así era aquella noche de Lierre. (Llora) La de nuestra precipitada boda. (Pausa) Don Felipe llegó del Tirol con la lengua fuera. (Se ríe) Era un lebrei austriaco que había olfateado a la cierva castellana. (Pausa) Fue una noche en que una herida común gritaba en dos idiomas distintos. (Recordando) Qué manos las suyas, tenían uñas como pétalos de rosas! (Con energía) Entonces nadie me lo disputó. Me adelanté, no dejando que los recuerdos entrasen en su cuerpo. (Cambio) Sus ojos estaban llenos de miel alegre. (Pausa) ¿Cuántas veces ha sido únicamente mío? ¿Una o varias? (Llora) ¿Cómo es posible que me mintiesen aquellos labios que estaban injertados con la piel de los míos?

FRAILE.

(Tímidamente) Vuestros hijos son la prueba de su amor.

DOÑA JUANA.

(Reacciona. Se exalta) ¿Los hijos? Tal vez sean de la simiente que por olvido se le quedaba en los bolsillos...

FRAILE.

Nuestro Señor solamente les concede...

DOÑA JUANA.

(En monólogo) Qué triste es que hasta la propia sangre que se redondea en nuestro vientre no sea capaz de gritarnos la verdad! (Se exalta) Aquí dentro llevo un hijo suyo! (Grita) Y nadie podrá decirme si cuando lo engendró no estaba pensando en otra. ¿Quién es capaz de testimoniar la imaginación de un hombre mientras está gozando? (Pausa) Su cuerpo puede unirse al nuestro como dos iniciales. ¿Pero qué significan exactamente esas dos estrechadas letras?... F. y J. ¿Felipe y Juana?... (Pausa) No... Es posible que sea a otra a quien cedemos nuestras caderas en esos momentos... (Llora) Y que este hijo que llevo en mis entrañas, al igual que sus hermanos, no fuese procreado para mí, aunque yo, como una ladrona, haya recogido la semilla. (Se ríe) Castilla es tierra de granos. Duros trigos... (Pausa. Llora) Noche de Lierre... Eres la hermanastra de sus otras noches de Flandes!

FRAILE.

Señora, calmaos. Vuestra imaginación os asesora mal. Ténéis por compañía una exaltada consejera. (Pausa) Descansad. Un cuerpo sin reposo facilita los pensamientos perniciosos. Hasta al sufrimiento hay que dejarle descansar...

DOÑA JUANA.

(Se ríe) ¿Quién piensa en el reposo? ¿Es que yo he tenido un sólo instante de tranquilidad en mi vida? O de amor o por celos, toda mi existencia ha sido una intensa y despierta exaltación. Llevo muchos años en vela. Soy la reina sin sueño... En Flandes o en Castilla, siempre, he estado de guardia. Jamás he gozado ni un solo momento de sosiego... Cuando me recostaba sobre el pecho de don Felipe, no cerraba los ojos por evitar que alguien pudiera acercarse a su cuerpo...; y si él estaba lejos de mí, los oídos, para sorprender hasta las más disimuladas roces de las caricias ajenas, con su intranquila alarma, me impedían el descanso... (Pausa) Y ahora, también tendré una rival: la tierra. Ella lo guardará para siempre. Entre sus brazos húmedos. (Se exalta) Se fundirán sus cuerpos. Y la simiente de ese gozo, aunque no sea tan caliente y alegre como la que fecunda los hijos, estará presente en la perezosa y fría ocasión de ese íntimo misterio que convierte el grano en espiga.

FRAILE.

Vuestras ideas desvarían por la fatiga (Pausa) ¿Por qué no rezáis? Es posible que la oración os calme. O el silencio...

DOÑA JUANA.

(Exaltada) No, no quiero el silencio. Ni el monólogo. Deseo dialogar. Decir todo lo que tengo aquí dentro. Abrirme la garganta, como si fuese una granada madura, y que las palabras salten sobre el mantel de la conversación igual que sus granos...

FRAILE.

Os dejo. Tengo que cumplir con mis obligaciones religiosas. Al salir avisaré a doña Elvira para que venga a hacer compañía.

Sale el FRAILE.

DOÑA JUANA.

(Sola. Se acerca a la lateral que figura comunicar con la iglesia) Ya estamos solos los dos. Juana y Felipe. Mira la llave que tiene en su mano) Te tengo dentro de esta helada fortaleza. Nadie podrá disputarme tu cuerpo. Ahora somos el uno del otro. (Con alegría) Como en Lierre! En aquella nuestra primera y despreocupada noche de amor. (Se oyen unos pasos. Se ve, al fondo, la figura de DOÑA ELVIRA) ¿Eres tú, Elvira?

DOÑA ELVIRA llega hasta primer término.

DOÑA ELVIRA. Señora, sólo oigo vuestra voz.

DOÑA JUANA. (Acercándose a ella) Ahora también puedes verme. (Pausa) La noche se ha tornado más oscura. (Con intención) Es extraño. Hace un momento estaba casi amaneciendo. (Mira al cielo) ¿Quién ha puesto crespones negros en el cielo? (Sube la voz) Ellas. Han sido ellas. Para poder acercarse a él sin que las vea. (Grita) Aquí la guardia. Capitán!

DOÑA ELVIRA. Señora, calmaos.

DOÑA JUANA. (Gritando) A mí la guardia.

Entra rápido el CAPITÁN.

CAPITÁN. Alteza.

DOÑA JUANA. Luz, hay que iluminar este recinto. Pronto, que traigan antorchas.

El CAPITÁN sale.

DOÑA ELVIRA. Ya veo claramente.

DOÑA JUANA. (Violenta) No mientas. Estamos en tiniebla.

Entran dos SOLDADOS con antorchas encendidas. Las colocan en diversos lugares. Después hacen mutis.

DOÑA ELVIRA. (Con timidez) Doña Juana, ¿por qué continuais atormentando vuestro espíritu?

DOÑA JUANA. (Sin oírla) ¿Dónde estamos?

DOÑA ELVIRA. En Torquemada, cerca de Palencia.

DOÑA JUANA. ¿Se han acostado todas las mujeres que nos acompañan?

DOÑA ELVIRA. Sí.

DOÑA JUANA. (Inquieta) ¿En este convento?

DOÑA ELVIRA. No. En las casas donde fueron alojadas a nuestra llegada.

DOÑA JUANA. (Más tranquila) Mejor. No quiero mujerío bajo su mismo techo. Por eso prefiero los conventos de frailes. (Pausa) Cambio) ¿Tú conociste a mi hermano don Juan? (DOÑA ELVIRA afirma con un gesto de cabeza) ¿Es cierto que murió de amor?

DOÑA ELVIRA. De tanto amar. Por los excesos que hizo...

DOÑA JUANA. Pero, a él, ¿lo amaron?

DOÑA ELVIRA. Mucho.

DOÑA JUANA. (Suspira) Yo he sido más desdichada! (Pausa) A mi esposo le entregué íntegro mi ser. Todo lo que era. Al matrimonio aporté cuerpo y alma... Y de don Felipe tan sólo he tenido, únicamente propio, esta llave... Ha sido necesario encerrarle para poseerle, sin tener que compartir... (Pausa) Ahora es mío solamente. Tan mío, como esta extraña tranquilidad que tengo.

DOÑA ELVIRA. Que el Señor os la haga permanente!

DOÑA JUANA. (Sentándose en un banco) Qué absurda es nuestra existencia! (Cambio. Dirigiéndose a DOÑA ELVIRA) ¿Cuanto tiempo hace que salimos de Burgos?

- DOÑA ELVIRA. Muchos días.
- DOÑA JUANA. ¿Te acuerdas cuando entramos en aquella ciudad?
- DOÑA ELVIRA. Toda la corte os esperaba con los brazos abiertos.
- DOÑA JUANA. Más abiertos tenían los ojos. (Se pone en pie) Había una gran expectación por verme. (Se ríe extrañamente) Yo era la reina loca.
- DOÑA ELVIRA. (Exclamación) Doña Juana!...
- DOÑA JUANA. Esa es la verdad. (Pausa) Don Pedro López de Padilla, entre otros, fue de los que edificaron mi fama.
- DOÑA ELVIRA. ¿Cómo es posible que el Almirante de Castilla...?
- DOÑA JUANA. ¿Recuerdas su visita al Palacio de Mucientes?? Se sorprendió al verme vestida de negro, y mucho más porque todas las habitaciones estaban enlutadas.
- DOÑA ELVIRA. Sé que lo comentó de palabra y por carta.
- DOÑA JUANA. (Exaltada) Y no es que estuviese loca. Yo llevaba luto ya entonces porque don Felipe estaba muerto...
- DOÑA ELVIRA. (Sorprendida) ¿En aquellas fechas?
- DOÑA JUANA. Sí. Había muerto en el instante que sorprendí su primer adulterio.
- DOÑA ELVIRA. No obstante, vuestros celos continuaron...
- DOÑA JUANA. (Rápidamente) Te equivocas. Todas aquellas escenas, a las que seguramente te refieres, eran del pasado, aunque sucediesen otra vez... Mas no era una celera viva, presente... (Pausa) Los celos son otra cosa. Se tienen y se sienten mientras es posible perder o ganar. Pero una vez que no vive el amado, desaparecen. Nadie lucha por lo que no existe. (Pausa) También mis padres creyeron lo que les decían de mí. Y nuestra familia. Y los demás reyes. Para todos yo he sido la reina loca. (Se ríe extrañamente a carcajadas) La enajenada...
- DOÑA ELVIRA. ¿Y por qué no hablasteis claramente, a los cuatro vientos, sobre los motivos de vuestra angustia? Seguramente si a tiempo hubieses explicado las causas... Haber enterado a todos de la conducta de don Felipe. De aquellas aventuras. Incluso haber declarado esa muerte anticipada.
- DOÑA JUANA. (Exaltada) ¿Su muerte anticipada? (Alegre. La abraza) Tú me comprendes. (Pausa) Pero si entonces yo hubiese dicho mi verdad, ellos, enjuiciándome con su razón, habrían declarado sin reservas que estaba rematadamente loca. (Pausa. Vuelve a excitarse) Y la verdad es que don Felipe había dejado de existir...! Y que yo lo he llevado muerto, dentro de mí, todo este tiempo... Hasta ahora que he parido su muerte para enrazonarme... El pasado se ha hecho presente... Con el luto oficial me devuelven la razón. Y así, después que todos han visto su cadáver, puedo tranquilamente amamantar a este muerto recién nacido, mientras recorro los campos de Castilla. (Pausa) Silencio. No hagas ruido. (En voz baja) No despiertes la leche de mis pechos. (Se dirige hacia la lateral donde figura estar la entrada a la iglesia. Se detiene) Ni levantes la voz... Ahora voy a dormir... Puedes apagar las antorchas... Ya amanece en la noche de Lierre. (Abre la puerta de la iglesia y desaparece).

DOÑA ELVIRA apaga las antorchas. Inicia el mutis.
Cae lentamente el

TELÓN